

oprobio del clero de Francia. En efecto, otros estaban alegando todos los dias estos subterfugios, y algunos querian inducir al prelado á que se valiese de ellos; y si lo hubiera hecho, sin duda el desprecio injurioso de los sectarios se hubiera convertido para con él en trasportes de admiracion y en aplausos interminables. Empero exasperados en vista de una sumision que condenaba abiertamente su propia rebelion contra la Iglesia, no perdonaron medio de oscurecer, si les fuese posible, la gloria de este gran prelado. A este fin desacreditaron con todo su poder la relacion de esta contienda que escribió en la Historia de la iglesia de Meaux, D. Santos Du-Plessis, benedictino de la congregacion de San Mauro; la que, sin embargo, reconocieron como imparcial los mismos protestantes, el doctor luterano Mosheim, y sus comentadores mas que luteranos.

» No se sospechará ciertamente, dice el cardenal Bausset (1), queramos debilitar el mérito de la sumision de Fenelon, y la feliz influencia que tuvo para asegurar la paz y la tranquilidad de la Iglesia; mas diremos que en semejantes circunstancias es sobre todo cuando se debe observar la admirable constitucion de la Iglesia católica. Su divino fundador, dándole un centro invariable de unidad, quiso que ella mostrase sin cesar á toda la tierra una cabeza visible, un juez supremo para velar por la estabilidad de este edificio espiritual, calmando con su sabiduria las tempestades que las pasiones de los hombres suscitan contra la Religion, y estirpando los errores y las novedades que el espíritu enfermo de los hombres se complace en producir tan á menudo. En esta gerarquía sagrada, formada por la perfecta union de los primeros pastores con el Gefe visible que Jesucristo colocó á su cabeza, es, dice Bossuet, en la que consiste la salud y conservacion del catolicismo.

» A continuacion de esta máxima tan justa

(1) *Hist. de Fenelon*, t. 2, p. 143.

y tan profunda de Bossuet, referiremos un reflexion bien notable de Fenelon sobre la infalibilidad de los juicios de la Iglesia; reflexion que puede recibir una aplicacion particular al juicio que le condenó á él mismo, aunque no haya hecho uso de ella sino en una causa que le era enteramente estraña. « Dios vela siempre, dice Fenelon, á fin de que ningún motivo corrompido arrastre jamás contra la verdad á los que son depositarios de ella. Es verdad que en el curso de un examen puede haber ciertos movimientos irregulares; mas Dios sabe sacar de ellos lo que le place; los trae á su fin, y la conclusion prometida viene infaliblemente al punto fijo que él ha marcado.

» Porque todas las sectas separadas de la Iglesia romana carecen de este centro de unidad, de este principio de orden y de autoridad para arreglar los simbolos de la creencia comun y la forma de una disciplina regular, por eso acaban casi siempre por caer en la indiferencia de todas las religiones, cuando el tiempo y los sucesos han dejado resfriar el calor y el espíritu de contienda que les habia dado nacimiento.

La condenacion del libro de las Máximas fué el último suceso ruidoso del siglo XVII. Pero antes de pasar al siguiente, no podemos menos de hacer mención de algunos hechos, no tan ruidosos sin duda alguna, ó que casi tuvieron solo á Dios por testigo, y que son, sin embargo, mucho mas á propósito para producir frutos de edificacion y para promover la verdadera gloria de la Iglesia. A fines del siglo XVII y principios del diez y ocho, hizo la fé romana unos progresos tan extraordinarios entre los infieles, entre las naciones mas bárbaras de los dos hemisferios, que sus enemigos mas declarados no pudieron menos de admirarse de ellos, y de confesarlos á pesar de su maligna envidia. Desde los montes de la alta Asia hasta el centro del Africa, desde el Thibet y las gargantas mas intransi-

tables del Cáucaso hasta el corazón de la Etiopia; y en el otro hemisferio desde la tierra de Labrador y la California hasta los países descubiertos por Magallanes, no hay ningún pueblo, por poco digno que sea de este título, á donde no llevasen los jesuitas el nombre de Jesucristo. Son tan notorios los hechos, que los historiadores protestantes no pudieron menos de conyener en que principalmente los misioneros de esa Compañía convirtieron en aquella época una infinidad de infieles (1). Lo único que objetan es, que aquellos nuevos cristianos no recibieron mas que una escasa tintura del cristianismo, y que no se les dió el verdadero espíritu del Evangelio; pero el hecho siguiente puede bastar por sí solo para confundirlos enteramente (2).

En la costa de la Pesquería, en las grandes Indias, se portaban los holandeses como déspotas y verdaderos tiranos, sin embargo de que no tenían en aquel país ninguna autoridad legítima. Se habian apoderado de las iglesias de los indios convertidos á la fé católica, y de las casas de los misioneros, para colocar en ellas á sus factores. Reducidos aquellos pobres neófitos á refugiarse en los bosques, en nada disminuyeron su fervor. Su perseverancia confundió de tal modo á sus opresores, que pensaron tambien estos en dedicarse á convertir. Un ministro, llamado de Batavia, emprendió sacarlos, como él decia, de su ceguedad; pero aunque trataba con aquellos buenos indios que no tienen mas ocupacion que la pesca, su mision no fué feliz. La primera vez que quiso perorar el predicante, le dijo en nombre de los demas el gefe de la casta de los párvos, que son los mas sencillos de todos los indios.

« Ya sabeis, ó debéis saber, que la fé se arraigó en nuestros corazones á fuerza de milagros muy visibles que el gran Padre (esto es, San Francisco Javier, su Apóstol) obró en nuestro

país. Por tanto, es necesario que antes de que nos hableis de variarla, hagais á nuestra vista, no solo tantos milagros como él hizo, sino muchos mas, pues debéis demostrarnos que vuestra religion es mucho mejor que la que él nos enseñó. Asi, pues, comenzad resucitando diez ó doce de nuestros muertos, pues que el gran Padre resucitó cinco ó seis: curad todos nuestros enfermos, y haced que nuestros mares den dos veces mas pesca que la que dan ahora. Antes de esto y nada tenemos que responderos. No teniendo el ministro solucion para este argumento, enmudeció y quedó fuera de sí, porque de un pescador no esperaba tanta filosofia. No volvió á presentarse, y solo pensó en volverse á embarcar.

Sin embargo, á falta de razones recurrieron á la violencia los comerciantes holandeses, y quisieron obligar á los párvos á que asistiesen á oír á sus ministros; pero este paso les fué igualmente vergonzoso, porque el gefe de la casta hizo fijar en la puerta del templo holandés un cartel que prohibia aquella asistencia, pena de ser castigados al momento los contraventores como traidores á la patria y rebeldes á Dios. Solo uno se atrevió á desobedecer, porque tenia una especie de establecimiento entre los holandeses; pero á pesar de sus patronos, sufrió todo el rigor de la proscripcion. Los holandeses se diéron por insultados, alborotaron mucho, y dijeron que habian de tomar una venganza terrible; sin embargo, todo se redujo á palabras, y así su celo como su honor cedieron fácilmente al interés de su comercio.

Desde las costas de Malabar, los PP. Hipólito Desideri y Manuel Freire resolvieron estender el nombre de Jesucristo hasta más allá del monte Cáucaso, en lo mas remoto del Thibet (1). Tratábase de atravesar desde luego toda la estension del imperio del Mogol, y estuvieron andando ochenta dias antes de llegar á la falda de aquellos montes famosos. Allí,

(1) Traduc. de Mosheim., t. 6, p. 179.

(2) Cart. edif., t. 10, p. 117 y 118.

(1) Cartas edif. t. 12, p. 430 etc.

pasando de repente de un clima ardentísimo á un aire glacial, hizo el frío en nuestros viajeros una impresion que les pareció la mas fuerte que podia esperiméntarse; pero como aquellos montes están colocados unos sobre otros, y despues de haber pasado el primero, que parecia tocar en las nubes, se encuentra otro, y luego otro mas alto que los anteriores, y así sucesivamente, cuanto mayor es la elevacion, tanto mas intolerable es el rigor del frío. En fin, llegaron á la cima, llamada Pimpangial por los gentiles del pais, cuyas supersticiones creyeron los misioneros que procedian de la ficcion de los poetas acerca de Prometeo y del buitre que le devoraba las entrañas en el Cáucaso.

Doce dias emplearon en atravesar aquella vasta cordillera de montes acumulados, en un peligro continuo de caer en los precipicios, ó de ser arrebatados por los torrentes que separan dichos montes; pero todavia estaban muy lejos del Thibet, del cual solo adquirieron alguna noticia, aunque imperfecta, cuando llegaron á la ciudad de Cachemira, cuyas dilatadas y hermosas campiñas forman una contraposicion singular con los formidables montes de que están rodeadas. Está sujeta al dominio del Mogol. Allí supieron que habia dos Thibets, el pequeño llamado Balistan, al Oeste, y el grande llamado Buton, al Nordeste. Como la religion del pequeño Thibet y de todo el Mogol es la mahometana, y el Evangelio encuentra muchos mas obstáculos entre los mahometanos que entre los idólatras, no dudaron los misioneros en preferir la horrible morada de Buton, al rico y hermoso pais del Balistan. Su ardiente amor á la cruz no tardó en hallar en qué satisfacer sus santos deseos.

Despues de siete á ocho dias de camino, que no fueron muy incómodos, la abundancia del frío intensísimo y unos vientos furiosos les hicieron pagar con usuras la dulzura de los primeros dias. Desde el monte de Cantal, comparable en altura con las cordilleras del Perú,

esto es, desde la entrada en el gran Thibet hasta la fortaleza de Ladak, en que reside el rey, hay que andar entre dos cordilleras de montañas áridas, ó por mejor decir, de rocas descarnadas que, á manera de un monton de enormes esqueletos y de monstruos informes, presentan una imágen continua de la muerte, y como un resto del caos. Las moles desordenadas están unas encima de otras, y tan juntas las dos cordilleras, que apenas queda bastante intervalo para los torrentes que se precipitan desde las cimas, y van á dar en las rocas con un ruido espantoso. Las montañas son intransitables por arriba y por abajo, de suerte que es preciso ir por hácia el medio, siguiendo unas veredas tan estrechas por lo comun, que solo hay lugar para sentar el pie, siendo infinitos los riesgos de perder la vida que se ofrecen por todas partes, pues basta poner un pie en falso para bajar rodando sin remedio á unos abismos cuya sola vista estremece. No se encuentra un árbol, ni un matorral á que poder asirse, ni planta ni yerba alguna. Hay que pasar de una altura á otra, atravesando los impetuosos torrentes que las separan, sin mas puentes que unas cuerdas tendidas y entrelazadas de ramaje, de modo que aun la cabeza mas firme está en peligro de irse al ver y oír el espantoso ruido de las espumantes olas sobre que se está pendiente. En medio de tantos trabajos, no se encuentra otro alimento que harina de *satú*, que es una especie de cebada con que se hacen unas gachas; ni otro lecho que la desnuda tierra, ó las nieves y el hielo, cuando hay precision de tomar algún descanso.

En fin, habiendo llegado los misioneros á lo interior del gran Thibet, fueron acogidos con humanidad por los pueblos, que á pesar de ser muy groseros, les parecieron de una índole suave y dócil, y hasta ingeniosos, aunque muy ignorantes, y mucho menos supersticiosos que los demas idólatras de Asia. Desechan la metemosis, que está muy acredi-

lada en las Indias; y no se usa entre ellos la poligamia. Los lamas ó los sacerdotes, los ministros de Estado y el mismo rey hicieron mucho obsequio á los dos viajeros, los cuales, bendiciendo á Dios porque hallaban unas disposiciones tan favorables al Evangelio, se preparaban á empezar su mision cuando oyeron hablar de otro Thibet. La fiel pintura que se les hizo de este pais, no era á propósito para inspirarles deseos de ir á él, pues se les hizo saber que reinaba allí un invierno perenne, que no habia árboles frutales ni ninguna especie de verduras, y que no se cogia mas que un poco de mal trigo y cebada. Pero además de que aspiraban á hacer que floreciese el Evangelio en las rocas mas estériles del Cáucaso, y el objeto de su mision era llevar el nombre de Jesucristo hasta el Thibet mas remoto, aquel en que se hallaban era tambien frecuentado por los mahometanos, los que, á pesar de las buenas disposiciones de los naturales del pais, les hacian experimentar ya algunos efectos del odio con que miran el nombre cristiano.

Todavia tuvieron que hacer un viaje de seis meses, en medio de nieves y hielos, de torrentes y precipicios: despues de lo cual llegaron á Lassa, que es la capital del tercer Thibet, que solo dista de la China cuatro meses de camino. Recibieron allí la misma acogida que en el segundo Thibet, así del rey como de los pueblos. A poco tiempo de haber llegado, los reconvinó amistosamente el primer ministro, porque aun no se habian presentado á la audiencia del príncipe. El P. Desideri se escusó, diciendo que no tenia cosa digna de ser presentada, segun costumbre, á tan gran rey. El ministro insistió, á pesar de esta excusa y de un modo tan atractivo que el Padre fué inmediatamente á palacio. Llevó, no obstante, algunas curiosidades de Europa, que no tenían mas mérito que el de ser desconocidas en el Thibet. El príncipe manifestó que las estimaba mucho, al mismo tiempo que apenas

se dignaba mirar unos regalos considerables que le presentaron de otra parte. Hizo que se sentase el Padre á su lado, estuvo conversando con él cerca de dos horas, sin hablar una palabra con ninguna otra persona, y al separarse de él le honró con mil demostraciones de aprecio y benevolencia. Bajo unos auspicios tan favorables, no tardaron los misioneros en principiar la mision. Pero nada mas se sabe de esto, lo que no debe estrañarse, porque la comunicacion de Europa con aquellos paises perdidos ofrece unas dificultades que se comprenden á primera vista. Sin embargo, es muy dudoso que esta mision tuviese unas resultas proporcionadas á los trabajos que habia costado su establecimiento; pero siempre quedó abierta la carrera á los émulos de aquellos primeros apóstoles del Thibet, y la profecía relativa á la predicacion del Evangelio en todo el universo se cumplió en uno de los puntos mas difíciles. Tambien es de creer que como la palabra emanada del seno de Dios nunca vuelve sin fruto, sucederia lo mismo en esta ocasion.

Despues de estos trabajos apostólicos de la Tartaria superior, no deben parecer gran cosa los de la pequeña Tartaria, llamada comunmente Crimea, y antiguamente Chersoneso Táurico. No estamos ya en los tiempos ni en el estado de conocimientos, en que este solo viaje hizo tan famosos á los argonautas antiguos. Vean, pues, los monumeatos originales (1) aquellos fieles piadosos, para quienes nada hay indiferente en materia de edificacion, y desde las estremidades septentrionales del Asia pasaremos nosotros al centro del África con los propagadores del Evangelio.

Los PP. Liberato Weis, Pio de Zerbe y Samuel de Bienno, misioneros alemanes del orden de San Francisco, fueron enviados á Etiopia en los principios del siglo XVIII por el Papa Clemente XI. Desde la mision del P.

(1) Mem. de Hierog. en las Cort. esp. t. 3, p. 158 y sig.

Núñez, enviado por el piadoso rey de Portugal Juan III, con otros misioneros, al tiempo que trató de socorrer al emperador de Etiopía con tropas contra sus vasallos rebeldes (1), todos los Papas celosos habían deseado mucho la salud espiritual de aquella nación interesante por su celebridad en los monumentos más antiguos, sagrados y profanos, y por su afecto á la Religión cristiana, que dominó siempre en ella, en medio de la idolatría y del mahometismo con que está infestado el resto del Africa. Aun antes del establecimiento del cristianismo, no eran idólatras los etíopes del tiempo actual, los cuales no deben confundirse con los primeros etíopes que pasaron de la India; por cuya razón la mayor parte de los autores antiguos confundieron la India con la Etiopía. Los abisinios que dominan ahora en este país, le conquistaron mucho después que aquellos indios. Eran originarios de la Arabia feliz, cuya capital es Saba, y se llamaban homeritas. Según su tradición, que no deja de ser verosímil, una de sus reinas fué antiguamente á admirar la sabiduría de Salomón; y añaden, que tuvo de él un hijo, llamado Manilehec, de quien descienden sus emperadores. Por lo menos es constante que los abisinios ó etíopes modernos profesaban la religión judaica cuando se convirtieron al cristianismo.

Una parte de estos pueblos, junta con otros árabes, pasó después el mar Rojo, conquistó la provincia de Tigris y fundó el reino de Axuma, que fué convertido á la fe cristiana, como dijimos en su lugar, por San Frumencio, natural de Alejandria, á quien San Atanasio ordenó primer obispo de aquella nación. Todavía conservan en su figura, absolutamente distinta de la de los negros, las señales de su origen. Son de color aceitunado, por lo común muy bien formados, y tienen cierto aire

(1) *Mem. de Etiop. en las Cart. edif. t. 3, p. 287 y sig.*

de grandeza. Esta nueva iglesia reverenció siempre á la de Alejandria como á su matriz, y aun se escedió en su respeto, supuesto que admitió, aunque no se sabe en qué tiempo, los errores de Dioscoro, y se separó como ella de la Iglesia católica. En el imperio de Justiniano todavía estaba adicta al centro de la unidad, como se vé por la historia de su rey Elesbaan, cuya memoria honra toda la Iglesia. Este Elesbaan fué el que precipitó del trono al judío Dunaan, usurpador y perseguidor á un mismo tiempo. Puede suponerse que estos abisinios ó etíopes, de origen homerita, conservaron la verdadera fe hasta principios del siglo nueve, en cuya época se encuentran en la historia los primeros vestigios de sus conexiones cismáticas con los patriarcas coptos ó jacobitas de Alejandria.

Por los años de 960 quedó la familia Real casi enteramente estinguida por una nueva Atalia, que habiéndose propuesto destruir la posteridad de Salomón, usurpó la corona y la transmitió á sus propios descendientes, los cuales la poseyeron hasta fin del siglo trece. Entonces Ikun-Amlac, el único príncipe que quedaba, ó se reputaba de la sangre de Salomón, recobró el trono de sus padres. Uno de sus sucesores, llamado Constantino, envió diputados al concilio ecuménico de Florencia, y su biznieto el emperador David, fué el que pidió tropas auxiliares y predicadores católicos al rey Juan III de Portugal. Después de la muerte de este emperador, que no tuvo tiempo para ver la llegada de los misioneros, hubo en Etiopía, durante el resto del siglo diez y seis, persecuciones casi continuas y revoluciones frecuentes, las que sin embargo no impidieron el fruto de los trabajos de aquellos varones apostólicos.

Respiraron por fin en el reinado de Atznaf-Seghed, heredero legítimo del imperio, que le recobró con su valor á principios del siglo XVII. Tenia este príncipe no menos penetración que esfuerzo, ni menos rectitud que pe-

netración. Amante de la verdad, la abrazó luego que llegó á descubrirla. «No (dijo al P. Paez); no puedo menos de reconocer al Gefede la Iglesia en el sucesor de Pedro, sobre el cual fundó el Hijo de Dios esta Iglesia, y á quien mandó que apacentase sus ovejas y corderos. Creo que negarle la obediencia, es negársela al mismo Jesucristo.» Pero su celo fué demasiado vivo, y su valor demasiado impetuoso. Un edicto publicado en tiempo inoportuno á favor de la Religión romana, escitó una sedición; y no permitiéndole su valor fogoso contemporizar hasta que la ambición hubiese dividido á los conjurados, como se lo aconsejaba el P. Paez y el general portugués, presentó batalla á los rebeldes, le abandonaron sus tropas, y murió con las armas en la mano.

Susneyo, otro biznieto del emperador David, y su legítimo sucesor después de Atznaf-Seghed, siguió el consejo, pues por no admitirle se había perdido su predecesor, y llegó con el tiempo á estinguir la rebelión; pero creyendo entonces que nada tenia que temer, é impaciente por el restablecimiento de la verdadera Religión que había abrazado, declaró su conversión con una especie de manifiesto en que hacia una pintura horrible, así de los patriarcas de Alejandria, como de los demás obispos jacobitas, y mandó por un edicto solemne á todos sus vasallos que admitiesen el concilio de Calcedonia. Esta firmeza intempestiva produjo un sinnúmero de alborotos y de facciones. Pero triunfó de todo, y escribió inmediatamente al Papa y al rey de España instándoles enviasen cuanto antes un patriarca católico. En consecuencia, el P. Alfonso de Mendez, jesuita portugués, fué consagrado en Lisboa el año 1624, y llegó en el siguiente á Etiopía. El emperador, el príncipe su hijo y la mayor parte de los grandes, con una multitud de monges y clérigos, hicieron en sus manos una profesión pública de sumisión al sucesor de San Pedro, como á la única y verdadera Cabeza visible de la Iglesia. Se corrigie-

ron los abusos de la disciplina del país, y se introdujeron en él los ritos romanos. Pareciendo por justas causas que eran inválidas las ordenaciones, se consagraron nuevos sacerdotes y diáconos. El número de los católicos se aumentó considerablemente, y todos los días se hacían conversiones en todos los Estados. En una palabra, no podían tener mejor semblante los asuntos de la Religión, cuando Teclé, yerno del emperador, y los cismáticos de las provincias formaron facciones más peligrosas que las primeras. Susneyo, como gran militar, triunfó también de ellas, pero con mucha efusión de sangre y hasta de sangre noble. En la última batalla, que fué la que puso el sello á todos sus triunfos, quedaron muertos en el campo ocho mil hombres, y entre ellos muchos de la más distinguida nobleza.

En medio de este horrible espectáculo, los vasallos que le habían sido siempre fieles, aunque sin dejar el cisma, le dijeron, haciéndole contemplar aquellos cadáveres: «No hemos prodigado la sangre de infieles ni de enemigos de la nación: esos son nuestros hermanos, son cristianos como nosotros, y cristianos ilustres en gran número.» El rey dió muestras de enternecerse; y la emperatriz, el príncipe heredero y la mayor parte de los señores se aprovecharon de este momento para hablar á favor de la religión del país, representándola como poco diferente de la romana, como que conservaba por lo menos lo más esencial de ella, y confesaba también que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Se obligó al patriarca á restablecer la antigua liturgia, y á limitarse á corregir los principales abusos. El emperador concedió por un edicto entera libertad de conciencia á los cismáticos, sin escluir á los relapsos. Sin embargo, no retractó la abjuración que había hecho, y perseveró en la verdadera fe hasta la muerte, que sucedió algunos meses después de estas nuevas disposiciones.

No sucedió así con Faciladas, su hijo y

sucesor. Luego que se vio en el trono, manifestó la secreta aversión con que había mirado siempre á la Religión romana. Quitáronse las iglesias á los misioneros. Los principales católicos sufrieron la pena de muerte ó de destierro. El primer secretario de Estado fué del número de los desterrados. Zela-Cristo, tío del nuevo emperador, fué cargado de cadenas, y llevado delante de aquel príncipe, el cual le ofreció restablecerle en sus dignidades si quería renunciar la Religión de los extranjeros; pero sin deliberar un momento lo rehusó este ilustre confesor, de modo que no dejó ninguna esperanza de ceder á las sugestiones de los enemigos del cristianismo. Oyó con gusto pronunciar la sentencia de muerte; pero el emperador se avergonzó de derramar la sangre de su tío, y lo desterró á una horrorosa soledad. Arrojó ignominiosamente al patriarca y á todos los misioneros; pero esto no obstante, el P. Almeida, obispo titular de Nicea, y siete compañeros suyos, resueltos á sufrir los mas crueles tormentos antes que abandonar á tan grandes peligros á los recién convertidos, se quedaron dispersos en las provincias del imperio, y convirtieron gran número de etíopes, muchos de los cuales fueron martirizados. Todos los misioneros lograron sucesivamente la misma felicidad, esto es, los PP. Paez y Pereira, en 1635: el obispo de Nicea con los PP. Rodriguez y Franceschi, en 1638: los PP. Bruni y Cardeira, en 1640; y en fin, el P. Noguera, que permaneció mucho tiempo solo, fué martirizado en 1653, con el príncipe Zela-Cristo, que era bien digno del martirio para que dejara de recibir su corona.

Faciladas se valió de los medios mas rigurosos para impedir que los sacerdotes romanos volbiesen á poner los pies en sus Estados. Sin embargo, la congregación de Propaganda no dejó de enviar algunos capuchinos; pero de siete que salieron de Roma, dos fueron muertos en el camino por unos salteadores: tres presos en Suachem, ciudad del alto Egipto,

por el bajá turco, donde fueron degollados á instancias del implacable Faciladas; y los otros dos, á saber, el P. Casiano de Nantes y el P. Agatángelo de Vandoma, habiendo penetrado hasta la corte de Etiopía, encontraron allí la muerte inmediatamente.

El P. Bredevent, jesuita francés, emprendió llevar la fé á la Etiopía por los años de 1700, en el reinado de Adiam-Seghed, tercer sucesor de Faciladas. Las buenas cualidades de aquel emperador, su genio amable y humano, el celo por la justicia, el amor á las ciencias, junto con un deseo extraordinario de instruirse, y alguna inclinación á la fé romana, daban fundadas esperanzas del buen éxito de esta misión; pero las fatigas del viaje acabaron con el misionero antes que llegase al término de su carrera. Esta desgracia fué muy sensible al emperador y á los católicos.

En fin, los tres franciscanos alemanes, elegidos por Clemente XI, llegaron á Etiopía en el reinado de Justo, sucesor inmediato de Adiam-Seghed. Al principio trataron de hacer el viaje por tierra; pero viendo los grandes obstáculos que se habían presentado á los demás misioneros, mudaron de plan, pero sin desanimarse, y fueron á embarcarse al mar Rojo. Fué feliz la navegación, llegaron con igual felicidad á Etiopía, fueron en derecha á Gondar, capital de aquel reino, y los recibió el soberano con particulares demostraciones de cariño. Les dispuso su protección, les ofreció pensiones y haciendas, que no quisieron admitir: lo que, junto con su vida penitente, le edificó de tal manera, que les prometió sostenerlos, aunque arriesgase en ello su propia vida, y solo les prohibió predicar en público, porque no se sublevasen los pueblos. «La obra que emprendemos (les decía) pide mucho tiempo y gran circunspección. El mismo Dios que pudo criar el mundo en un momento, quiso hacerlo en seis días.» Era muy fundado el recelo del príncipe, porque apenas hubieron convertido los misioneros

algunas personas, aunque con bastante secreto, los monges del país, de acuerdo con algunos señores, escitaron una violenta sedición. Fiel á sus promesas el emperador, libró de todo insulto á los misioneros, y los hizo llevar á un parage seguro hasta que se restableciese la tranquilidad; pero casi al mismo tiempo fué acometido de una parálisis, que no sin fundamento se atribuyó á veneno.

Arrojáronle de palacio y coronaron á un joven de sangre imperial llamado David. Como este usurpador quería mantenerse en el trono por medio de la seducción que le había elevado á la dignidad suprema, lo primero que hizo fué mandar prender á los misioneros, los cuales fueron interrogados en su presencia. Se les preguntó con qué motivo habían ido á Etiopía. Respondieron ingenuamente que para instruir á los etíopes en la verdadera fé de Jesucristo. «Pues qué (replicó el emperador sumamente irritado) no somos verdaderos cristianos yo y mis vasallos?» Sin mas exámen los condenó á ser apedreados. No obstante, un momento despues ofreció perdonarlos, si consentían en recibir la circuncisión segun el uso de los etíopes y en profesar la religión del país. Desecharon estas proposiciones con un horror y una entereza que hicieron mucho eco al emperador, el cual, preciándose de estimar á las personas valerosas, conmutó la pena de muerte en destierro. Pero llenos de furor los cismáticos, y en especial los monges, arrastraron á los confesores á una gran plaza, donde murieron á manos de ocho ó diez mil personas que se habían juntado tumultuariamente. Un sacerdote fué el que tiró la primera piedra, pronunciando anatema contra cualquiera que no tirase á lo menos cinco.

En el otro hemisferio, en el clima de las tierras de Labrador y del Canadá, hacia el Evangelio al mismo tiempo progresos admirables entre los salvages mas bárbaros, entre los esquimalos, los hurones, los algonquinos, los abnakis y aun los iroqueses, que son los

mas inhumanos de todos aquellos antropófagos; y declinando desde el Norte hácia el Sudoeste, entre los ilineses, los miamis y otros infinitos pueblos cuyos nombres apenas son conocidos. Y aquellos hombres que en la infidelidad solo tenían la figura de tales, y se abandonaban á excesos desconocidos aun entre las bestias, luego que fueron regenerados con la gracia del bautismo, parecieron hombres, ciudadanos y cristianos perfectos, con una inocencia de vida tan sostenida y tan general, que en la mayor parte de ellos duraba por lo comun hasta el último aliento (1). Con esta inocencia tenían á la fé católica una adhesión ilustrada, sobre naturalmente sin duda alguna, y que debe mirarse como uno de los mayores prodigios. En efecto, ¿no era una maravilla la constancia con que desecharon inmediatamente despues de su conversión las ofertas ventajosas que les hicieron los ingleses, sus vecinos, para que entrasen con ellos en sociedad de comercio y de religión? ¿Qué otro maestro sino el Espíritu Santo pudo persuadirles, como lo dijeron muchas veces á aquellos tentadores importunos, que una religión sin virginidad, sin sacerdocio, sin sacrificio y casi sin culto, no era preferible á su antigua infidelidad?

Con la verdadera fé adquirían aquellos hombres, reducidos poco antes á una vida puramente animal, unos sentimientos nobles ó ideas espirituales, y hasta un fondo de conocimientos religiosos que no es comun en nuestras mejores parroquias de Europa (2). En particular los cristianos ilineses, que á la verdad son naturalmente ingeniosos, y mucho menos bárbaros que los demás salvages, no ignoran casi ningun pasage de la historia del Antiguo y Nuevo Testamento (3). Están perfectamente instruidos en nuestros misterios y en las obligaciones del cristianismo. Se les había escrito en su lengua un

(1) *Cart. edif.*, t. 6, p. 189 y sig.(2) *Ib.* p. 175, 223 y sig.(3) *Ib.* t. 7, p. 63 y sig.